

# Alejandro Aguilar Machado: in memoriam

A la edad de ochenta y siete años, en su sobria casa campesina de San Josecito de Alajuelita, ha muerto el ilustre educador Alejandro Aguilar Machado. Aunque era licenciado en derecho, ministro de educación pública (de León Cortés), embajador de Costa Rica (en la Conferencia de Bogotá de 1948), autor de obras filosóficas en la dirección historicista (*Historicismo o metafísica*, 1950: *La esencia del hombre y de lo humano*, 1953), fervoroso creyente en la inmortalidad del alma, a la manera teosófica, se destaca en su vida aquello que fue su efectiva vocación; educador y orador, ambas cosas para él casi idénticas.

Habiendo escogido mi familia vivir en Cartago para que yo cursara mi enseñanza media en el Colegio de San Luis Gonzaga, estuve en el más antiguo liceo de Costa Rica entre 1951 y 1956, exactamente los cinco años en que Aguilar Machado fue director de la institución. Aquel tiempo pasaba por nuestra vida con una lentitud que crece con la nostalgia, moroso porque estaba lleno de vivencias y de esperanzas. Los profesores, el ilustre director, parecían eternos, inmortales, pues el adulto siente que el tiempo va más rápido precisamente porque él va más lento y es que no es el tiempo quien pasa, somos nosotros quienes pasamos en el tiempo. Cuesta aceptar la muerte



*Roberto Murillo*

de un maestro pues nos habituamos a no medirlo, sino a hacer de él una medida, un arquetipo.

Al evocar los discursos de don Alejandro en el patio del noble edificio del Colegio de Cartago, —él paseándose por el corredor mientras evocaba a San Agustín, a Dilthey, a Bergson, a Ortega, a los grandes ejemplos de la cultura y del carácter, nosotros en respetuosa formación, sin temor a la neblina, fraguando proyectos, escuchando y soñando— no puedo recordar un día determinado, sino un gran día envolvente que duró cinco años.

Sin embargo, hay un día que se destaca en mi memoria y que parece encarnar en su clara individualidad todos los otros mil días: cuando, por la ausencia de un profesor, en el quinto año, vino a leernos el último capítulo de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Unamuno. Fue como aquel curso que ofreció Bergson en el Colegio de Francia, que consistió en leer, sin comentarios, el *Discurso del método* de Descartes: el tono de la lectura, el ritmo, las inflexiones de la voz son de suyo un comentario, lleno de intención. Conmovedora presencia de la muerte, de la gloria, de la inmortalidad, tanto más profunda cuanto más se sublimaba en el maestro el dolor por la prematura muerte de su hijo, que fue nuestro compañero. Alonso Quijano murió para que Don Quijote viviera en nosotros.

Orador de estilo castelariano, pensador de la historia desde el ángulo historicista y vitalista, sí, pero siempre entusiasta de los héroes, como Carlyle, sus palabras dejaban en nosotros el sentimiento de lo monumental y de lo

grandioso en la historia. Después la hemos visto desde otros ángulos, hemos leído a los radicales de todas las observancias, a los iconoclastas, a los nihilistas, pero nunca hemos postergado aquella perspectiva arquetípica que nos educó en el respeto, en la afirmación y en la revivencia propios de un humanismo que ha de sobrevivir a sus detractores. Los años de Cartago son en nosotros irreversibles, con el prestigio del concepto histórico expresado en palabras elegantes y castizas.

De Aguilar Machado no recordamos solamente la cultura y la palabra, sino su distinción y su energía. Enamorado de la cultura artística, del arte del Renacimiento y de la música de Wagner, no olvidó nunca lo que hoy todos los educadores han despreciado: la formación del carácter, el aprender a mandar por haber antes aprendido a obedecer. No es el menor elogio que se puede hacer a su memoria decir que orientó a sus discípulos en el sentido de los tres poderes del alma, él que fue un hombre de religión sin iglesia determinada: memoria, entendimiento y voluntad.